

Para Doña Domi,
*maestra de maestras, señora inteligencia,
recuerdos de gratitud**

Lilliam Eugenia Gómez Álvarez

(Colombia)

Ingeniera Agrónoma de la Universidad Nacional de Colombia, Magíster y Doctora en Ciencias Biológicas, opción Ecología Etología, de la Universidad François-Rabelais Tours, Valle de Loira, Francia, y Posdoctorado en Ecología Experimental de la Universidad de Pau, Francia. Profesora de las universidades Nacional de Colombia, de Antioquia y Managua, Nicaragua. Ha recibido numerosos reconocimientos y distinciones.



Resumen

Homenaje de gratitud a una gran mujer intelectual, librepensadora, humana y discreta, quien en todos sus años como educadora dejara huellas imborrables en la juventud femenina de una ciudad pacata, marcada por la cultura patriarcal y machista de finales de los años cuarenta hasta principios de los ochenta. Y quien, además, con sus posiciones y actuar dio el ejemplo a cientos de mujeres, primeras profesionales de esa época. Homenaje extensivo a otras educadoras, sus compañeras.

Palabras clave

Domitila González de Cardona, Doña Domi, maestra, Medellín, Universidad Femenina

*Crónica escrita en homenaje póstumo a la profesora Domitilia González de Cardona, docente del Cefá y del bachillerato del Colegio Mayor de Antioquia, luego del Liceo Nacional Javiera Londoño, hoy Instituto Educativo Javiera Londoño de Medellín. Por desgracia, mujeres educadoras como ella son anónimas para la posteridad.

Recuerdo aquel día de los albores de enero de 1960 cuando se paró al pie de mi pupitre a mirar lo que escribía en mi examen de admisión. “¿Leíste ya *La hojarasca*?”, me preguntó. Le respondí afirmativamente y usted continuó hojeando mi examen y agregó: “sos buena, ojalá pueda ser tu maestra”. Más tarde supe que para usted ser maestra era mucho más que ser profesora.

Soñé con ello desde aquel instante, pues me impactó su presencia. Era Doña Domi de esos tipos escasos de mujeres sobrias e intelectuales que existían en el Medellín de entonces. Se me parecía a aquellas otras mujeres extrañas para todos, que conocí muy niña, cuando acompañaba a mi tía-abuela, María Luisa Acevedo, a las tertulias en casa de su padre, mi bisabuelo el coronel de la Guerra de los Mil Días, Higinio Acevedo. Tertulias estas que organizaba Ángela Pía Acevedo, a las que asistían, entre otras, María Cano, su hermana “La Rurra”, María Eastman y las Cano Márquez.

La condición que doña Teresita Santamaría de González me había impuesto para mi ingreso al bachillerato, a la que llamábamos en aquel entonces la “Universidad Femenina”, dependiente del Colegio Mayor de Antioquia, era la de obtener el primer puesto en el examen de admisión, ya que mi inscripción había sido hecha tardíamente.

La busqué a usted, Doña Domi, por todo el establecimiento, ya que quería contarle que sería su pupila; y la encontré en la biblioteca, hablando con doña Lucía Viera.

Y lo fui, como su monitora, durante todo el bachillerato. Me encargó una cartelera que renové juiciosamente cada ocho días durante los seis años, con noticias literarias, actualidad mundial y política.

Los lunes, en las primeras horas, todas sus alumnas teníamos con usted lo que hoy se denomina un “conversatorio”, en los que se trataban y analizaban los temas leídos.

Fue así como con sus enseñanzas y apertura de espíritu, hoy, las que somos ciudadanas competentes, profesionales brillantes, mujeres buenas que cumplimos una función social, enriquecimos un bagaje que nos sirvió de base para ser partícipes activas en nuestras universidades públicas, en el abanderamiento de cambios conceptuales, estructurales, intelectuales y políticos, que comenzaron en 1968 y se prolongaron en la década de los setenta.

Usted nos permitió acercarnos a movimientos de avanzada de la época como el nadaísmo, en el país, y el existencialismo, en el mundo. De su mano estudiamos a Sartre, a Simone de Beauvoir, a Gonzalo Arango... sin olvidar a los grandes autores de todas las épocas: los clásicos de la literatura rusa, europea y americana. Orientó siempre nuestras lecturas y discutió abiertamente los avatares políticos e intelectuales de la estrecha parroquia de Medellín, del país y del mundo.

Era que usted, “Señora inteligencia”, encarnaba la verdadera ciudadana del universo... Por este motivo, aquel cruento día en que la fatalidad la hirió tan cruelmente y un bus mató a su hijito, usted nos dio aquella inolvidable y grandiosa lección de generosidad y perdón. Con un dolor digno, marcado en su rostro sin lágrimas, fue a pedirle al juez que levantara todos los cargos que pesaban sobre el torpe conductor, quien luego de atropellar a su hijo se dedicó a revivirlo con “maltica” y a pasearlo por la ciudad para que despertara, y cuando ya acudió a la asistencia médica era demasiado tarde. Sin embargo, usted pagó la fianza para que aquel hombre pudiera recobrar la libertad.

Su explicación fue simple: “él me quitó un hijo, yo no le voy a quitar el padre a sus ocho hijos”.

De un acto de tal valentía y generosidad como el suyo, Doña Domi, solo son capaces los seres grandes como usted.

El destino la golpeó de nuevo cuando perdió su compañero de vida. La soledad, su diferencia, los años

de la jubilación y el cansancio del mundo se acumularon en usted en los últimos años. Así lo comprendí aquel día en que pasé a visitarla; luego de despedirme, y antes de salir, le ofrecí mi brazo y la acompañe hasta el sillón de la biblioteca, dejándola en compañía de sus libros, pues estaba segura de que usted, como yo, no sentiría entre ellos nunca la soledad.

Era usted demasiado para el medio y la época. El mundo pacato de pequeñas ciudades la asfixiaba, usted necesitaba espacio y ya no sabía cómo encontrarlo. Durante muchos años pudo superarlo porque tenía a personas que la amaban, sus alumnas y sus compañeras de trabajo, mujeres inteligentes y comprensivas, abiertas al mundo, una Alicia Giraldo, una Tina Valderrama, una Fanny Restrepo, una Carolina Wideman, una Esperanza Castaño, una Oriola Ospina, una Bertica Gómez, una Maruja Vargas, y a esa visionaria del avenir de la mujer, Teresita Santamaría de González, a quienes todas nosotras les debemos tanto.

Luego el mundo se le asentó sobre los hombros, con esa incompreensión que siempre le caracteriza hacia los seres geniales como usted, porque son demasiado para él.

Hoy todo ello ya poco importa. Su energía se ha transformado y quizás en estos momentos, desde un lugar ignoto, o desde la lontananza, o tal vez muy cerca, acaso dentro de nosotras mismas, ella se sumará a la de sus compañeras, amigas y alumnas en esta solemne ceremonia de recuerdo, para que la paz la envuelva al fin y para que siempre usted se quede con nosotras, ahora que la tierra ya le es liviana.

Gracias Doña Domi, maestra de maestras, su recuerdo, señora inteligencia, solo morirá con nosotras.

Medellín, en los albores de 2018.